

Fundación Juan March

poética **y** POESÍA

ANTONIO LUCAS

Madrid MMXVII



Antonio Lucas



Fundación Juan March

Madrid MMXVII

Cuadernos publicados:

1. Antonio Colinas
2. Antonio Carvajal
3. Guillermo Carnero
4. Álvaro Valverde
5. Carlos Marzal
6. Luis Alberto de Cuenca
7. Eloy Sánchez Rosillo
8. Julio Martínez Mesanza
9. Luis García Montero
10. Aurora Luque
11. José Carlos Llop
12. Felipe Benítez Reyes
13. Jacobo Cortines
14. Vicente Gallego
15. Jaime Siles
16. Ana Rossetti
17. José Ramón Ripoll
18. Jesús Munárriz
19. Juan Antonio González-Iglesias
20. Pureza Canelo
21. Jordi Doce
22. Amalia Bautista
23. Vicente Valero
24. Javier Rodríguez Marcos
25. Olvido García Valdés
26. Luis Antonio de Villena
27. Joan Margarit
28. César Antonio Molina
29. Antonio Martínez Sarrión
30. Jenaro Talens
31. Félix Grande
32. Clara Janés
33. Pere Rovira
34. Antonio Lucas

poética y POESÍA

26 de enero de 2017

© Antonio Lucas

© de esta edición Fundación Juan March

Edición no venal de 500 ejemplares

Depósito legal: M-2068-2017

Imprime: Improitalia, S.L. Tomelloso, 27. 28026 Madrid

ANTONIO LUCAS
HACIA LA LUZ DEL FONDO

Cuerpo largo que viaja hacia la luz del fondo

Vicente Aleixandre

I

APROXIMACIÓN

El pacto de la poesía con el lector propone inesperadamente la garantía de un enigma que se sostiene en el tiempo y cuya única respuesta aproximada se afianza del lado de la incógnita. Pensar la poesía (su mecánica, su razón, su prodigio, su frontera y su sentido) resulta una experiencia alimentada por el desasosiego, una suerte de juego que conlleva casi siempre la dificultad de no saber muy bien hacia dónde te aventuras. Cuando hablo de poesía hablo de mis creencias y no de mis ideas. Cuando hablo de poesía hablo de lo que se transforma en libertad con las palabras y de aquello que me acerca más a mí, a mis demonios, a mis rachas de entusiasmo, a lo que apenas sé de lo que soy y a la inminente transformación de lo que el mundo me parece, de lo que el otro tiene de mundo para mí. Pues la poesía es también (y sobre todo) un voy contigo.

La poesía es aquello que aceptamos como una entera actitud ante el tiempo y el lenguaje. Un impulso que encontramos, mientras que las otras cosas de la vida las hacemos. Los primeros poemas que leí con conciencia de lo que eran me desplazaron hacia un lugar que aún desconocía (territorio al que nunca más he vuelto con semejante intensidad al de ese instante de descubrimiento). Creo que fue *Residencia en la tierra*, de Neruda, el conjunto de versos en donde sospeché, como nunca antes, eso que podía sentir, pero no decir. Una significación nueva donde se establecía un principio de gozo y de asombro, de sonoridad y sorpresa, de contraste y construcción. No sabía que fuese posible articular una experiencia de ese modo. Eran mis 14 años. Los de un muchacho aún con más deseos que combinaciones, dispuesto a creer en la amenaza atómica de que la poesía puede cambiar el rumbo de las cosas. A mis primeras lecturas les debo todo: no la verdadera cuestión de la poesía, sino el estímulo insaciable de explorar en lo desconocido, seguro de que a través de algunos poemas que entonces consideraba «sublimes» podía tantear en lo inesperado, casi como el que se aventura por dentro de un bosque originario. Yo no sé qué es la poesía, claro, pero sí aprendí entonces que en ocasiones nos permite el acceso a formas profundas de estupor, de extrañeza, de verdad (verdad es una palabra demasiado gruesa, pero ya llegaremos a eso).

La primera tradición en la que me busqué era muy ajena a las tradiciones en las que braceaban algunos de aquellos que después iban a ser mis «amigos en la literatura». Imagino que por un temperamento que aún me acompaña, necesitaba de los poetas, de los ensayistas, de los narradores, de los periodistas, de aquellos que optaban por hacer del lenguaje un movimiento incesante, proponiendo que debajo del vaivén habitase lo esencial. Los poetas de la Generación del 27, la tradición surrealista acampada en el París de los años 20 y 30 del siglo pasado, los expresionistas alemanes, el Rilke de Duino, el Góngora mejor dotado para lo imposible, san Juan de la Cruz, Bocángel, Rubén Darío (tan liberador de músicas por encima del sentido), el Juan Ramón de América sobre tantas cosas, Emily Dickinson y el magullado Rimbaud (tan irreductible en esos días a mi comprensión, pero tan ancho de excitaciones para un adolescente). Acumulaba un jaleo importante de lecturas. Aunque vencía ese sentido de revelación que uno tiene ante la poesía al intuir que la realidad no se basta a sí misma. Y aún lo creo.

Con esta mercancía afiancé mis primeras tentativas en el poema. Buscaba en las imágenes aquello que intuía y que era necesario nombrar de otro modo. Iba al hallazgo de algo que no sabía, pero sabía que quería. El irracionalismo, tan arcaico y tan prometedor, me proporcionó lo esencial de la escritura de aquellos años: un sentido de

lo misterioso. Caminaba hacia lo concreto dirigiendo la expedición por lo inconcreto, por lo imprevisto, por lo ajeno de lo que veo a diario. Me gusta esta cita de Karl Marx: «La manera como se presentan las cosas no es la manera como son, y si las cosas fueran como se presentan la ciencia entera sobraría». A cierta edad tenía un gusto insaciable por la liberación. Me atraía el idioma despojado de cualquier peligrosa ortodoxia. Creí en una sentencia de Octavio Paz: «La palabra poética jamás es completamente de este mundo». Y sin embargo es el hecho poético el que menos desconfía del mundo. Ese conflicto también crea el poema. Nos da voz y sitio. De las primeras tentativas quedan algunas huellas en lo de ahora. Pero el tiempo ha ido dibujando también mi escritura. Y sólo hoy que puedo asomarme en perspectiva a 20 años de trabajo más o menos constante, pero sobre todo a dos décadas de lecturas convertidas en forma de vida, entiendo que la poesía puede ser exactamente eso: una manera de estar (ya lo acertó Pessoa). No exactamente de ser, sino de situarse en lo real, en lo de aquí, en el perímetro de tiempo que me fue dado y que es necesario nombrar. O, mejor, crear. Pues nombrar es construir y en esa posibilidad verbal caben por igual lo exacto y lo arbitrario.

El muchacho que abrió los primeros libros de poemas porque allá encontró una abundancia, unos recursos y un amparo único aún ve ciegamente en la representación

poética la manera de expandir un movimiento generador. Algo que adquiere sentido porque no es un mero suceder, sino una provocación o una necesidad que se asienta por igual en la ambigüedad, en la denuncia, en lo exacto, en lo bello, en su revés, en esto y en aquello al mismo tiempo. Más o menos como la naturaleza, como el hombre.

II

GÉNESIS E IMPULSO

Quizá el ejercicio del poema sea una forma de girar en círculos. Por medio de un fragmento alcanzar un trazo de totalidad. Hay momentos de braceo constante hacia el origen. Pero el origen de qué. Probablemente sea el territorio fundacional de cada uno de nosotros. Esa construcción primera que puede dar lectura de lo que somos. A lo que el presente significa. Pues en lo de antes está la raíz, que no la solución. El poeta siempre está dejando rastro de su ahora, aunque el ahora por sí mismo no basta. Somos contemporáneos por imperativo, pero a la vez somos algo más, la condición de un sedimento que ha ido acumulando en cada uno de nosotros una óptica que es motor íntimo. De ahí la importancia de la tradición, pero también la necesidad de saber que en esa tradición no está el sitio sino la pértiga. La historia es el lugar del

salto, nunca la casa. Pues la casa, como sostiene Gaston Bachelard, «nos llama a una conciencia de centralidad». Casi lo que no es la poesía. Al menos la poesía que me interesa: plural, abierta, ancha, trashumante, cultivada con toda mezcla e impureza, también fruto de una tensión de rectificaciones, de tanteos. Nada estrictamente mecánico, sino orgánico. La escritura como un suceso diferente a la intransigencia exacta del reloj.

Es el modo en que sospeché que se hacía habitable para mí la escritura poética. No como una réplica imaginaria de obsesiones y deseos, sino con una fenomenología de la vida donde nos es permitido evocar, dudar, generando una síntesis de lo inmemorial, de aquello que se vive con su realidad y su virtualidad, con el pensamiento y con los apetitos. No en vano, Luis Cernuda estableció para su obra el código más preciso, *La realidad y el deseo*. Es exactamente así, pues el hombre ante el poema amplía la nostalgia de sí mismo.

De ese tránsito aprendí tímidamente en lo que va de *Antes del mundo*, mi primer libro de poemas publicado, a *Lucernario*, el segundo. Aún avanzaba dopado de voluptuosidad, lo que me convertía en un ser disperso más de lo que yo intuía. Pero qué importantes aquellos días, los años de la primera esclarecida. Desconocía, volviendo a Paz, que no todos los mitos son poemas aunque todo

poema sea mito. Por entonces estaba por la gracia de la belleza sin formular. Atento a lo que excita sin explicación, sin motivo. Esto lo anota bien Paul Valéry en sus *Cuadernos*. Necesitaba fatalmente desembocar en lo que desconocía para impulsarme a la inexactitud y a lo sin cálculo que traía el poema como presunta verdad. O, al menos, como invitación a una posibilidad inesperada que no requería ser comprendida, bastaba con que fuera convulsa o inquietante. Era un muchacho devoto del fuego grande, convencido de que toda elegante solución llegaba por un azar combinatorio de palabras fundadas en el ritmo y a la vez apoyadas en experiencias hasta entonces indecibles. Aunque ya digo, en *Lucernario* esto comenzó a cambiar. El movimiento, la visión, las lecturas enlazadas, el requerimiento de un pararse a callar, los primeros compañeros «de la poesía» con sus distintas claves e intereses, la necesidad, la voz interior, mis imberbes compases en el periodismo. Qué se yo.

Estaba en la sobreabundancia expresiva con la necesidad aún sólo intuida de emprender un tímido desplazamiento a otras zonas de escritura. Con el tiempo voy entendiendo que la poesía nace de un silencio y vuelve a él.

Me interesan, hoy más que antes, aquellos poetas que violentan las leyes de lo esperable. Son los que mejor se acercan a lo universal. Pienso en Leopardi o en Wislawa

Szyborska. Pues saben que no hay nada que demostrar. Basta con orquestar una visión, un recuerdo, una mínima imprecisión que se precisa en las palabras sacando del aislamiento una emoción y provocando con ella una energía libre. Y esta es la clave: energía. Arranque y demanda. Génesis e impulso. Así me gustaría creer que sigo escribiendo, determinado por una voluntad de decir y por una música que no siempre sé de dónde viene, aunque esa imprecisión constituye el inicio y la primera tentativa.

III

BORRAR HUELLAS

Ante el poema desconozco qué sucederá. Tampoco soy consciente de los materiales con los que cuento. Sólo puedo estar seguro, en mi caso, de que hay palabras que nombran, imágenes que amplían el porqué de las palabras, razones que sólo se dan cuando la poesía se despliega como una rebelión. Y no me refiero a una condición guerrillera, sino a una pulsión íntima que arde en todas direcciones, que me sujeta a la vida, que me suma a ella, que se convierte extrañamente en enseñanza, y se confunde con el tiempo mismo y con nosotros. El poder de la poesía (si es que una afirmación así tiene sentido) se aloja tantas veces en lo aún no dicho. Allá donde lo que

sospechamos o sabemos se pone en pie de un modo distinto e inaugura un paisaje que es sustancia o alimento, que es asombro, que es complicidad y verifica un lugar donde quedarnos. Porque la poesía es habitable.

Como sabe quien lee con entusiasmo y curiosidad, con abandono y aun así consciente, el poema es un cobijo pero también la fundación de lo distinto, de lo otro, pues la palabra de la poesía no es idéntica a la realidad que nombra, entre el hombre y las cosas se interpone la conciencia. No apuesto a ciegas por que exista un reflejo de lo real posible, sino un querer más sencillo: que el lenguaje del poema ensanche la estimulante contradicción geométrica entre el significante y el significado de las cosas. Nada autoriza a señalar con el mismo nombre el amor que un amante siente por el otro. Pues son de distinta precisión aún siendo ambos parejos. Y esto es lo fascinante. Y lo que hace de cada poema un objeto único, que no cerrado.

En los años en que exploré con insistencia por las regiones del surrealismo, en mis primeros anuncios de poeta, deduje algunas de estas imprecisiones que voy reseñando. Aunque de ese incierto y productivo deambular extraje algo que luego encontré mejor afianzado en una sentencia fijada en un simpático panfleto político del pensador situacionista Raoul Vaneigem: «Nada es sagra-

do, todo se puede decir». Y es que no existe un uso bueno o malo del idioma en cuestiones de poesía, sino un uso insuficiente. El poema es un ir hacia. Con todas las consecuencias. Adelante o atrás. En cualquier caso, movimiento. Así es la mecánica de la memoria, sólo urbanizable con palabras vivas. Por qué no: lenguaje que nace y muere todos los días. Por eso escribir no es dejar huella exactamente, sino un extravío más hondo, una conquista más clara: aposentar lo que está por decir. Confío en lo que afirmaba Maurice Blanchot cuando expresó que la escritura no es dejar huellas sino borrarlas. Muchos años después de haber leído esto mismo escribí un poema, «Huellas», que reivindica y explora en esa senda:

Borra toda huella que dejes a tu paso,
cualquier surco vital,
cualquier ruido de arteria.

Que sólo haya memoria en tu memoria
y aquello que quisiste sea invisible como un dios o su demencia,
humilde como un agua golpeando las galaxias,
casi un mundo que al mirarlo acaba,
una luz de treinta y pocos años parecida al vuelo de la luz de un escenario,
un delirio esquivo
como el pulso malherido de los faros.

(...)

Quizá por esto mismo en el poema nunca sé bien qué sucederá. Pues a cada lectura los materiales que me confirman como sujeto son alterados por las circunstancias. El texto poético trasciende la historia y eso es lo que hace que siga vibrando la voz de Homero, que nuestra memoria de ahora repique emocionada en las voces de entonces.

IV CONTRA LA INVENCION

Y en ese proceso de espeleología por la obra propia llegué a los poemas de *Las máscaras*. Era 2004. Creo que aquel libro comenzó a demarcar un deseo de transición. Andaba por otras lecturas y, principalmente, por nuevas experiencias vitales: desengaños incipientes, entusiasmos renovados. Necesité escapar de algunas formulaciones adquiridas. La imagen por la imagen (aquel juego de vanguardia que tanto me había alimentado) exigía más. Y aún no sabía qué era. Resultó que sólo se trataba de una certeza elemental: más vida hacia fuera, más realidad. Me parece que la función de la poesía no es ser verdad ni mentira, sino auténtica. Alejada de imposturas. Buscaba escribir con la misma convicción, pero desde un cauce más ancho. La mercancía debía ser otra. ¿Cuál? La delicadísima fortuna (si se alcanza) que expande un verso

cuando a la emoción le suma idea. Una idea no necesariamente antes prevenida, sino que llega desde una potencialidad de direcciones y sentidos más allá de su melodía. Porque tiene en su misma oscuridad o fulgor ese tanto de poder significativo que impulsa, combustiona y conmueve. Pero a eso cómo se llega. Y sólo puedo contestarme a mí: por la edad. Cuando las palabras empiezan a reclamar más peso por cercanía. Lo que se busca en el poema es eso que de algún modo ya se lleva dentro. Una mirada, un gesto, una ausencia. Pues el poema no inventa nada. No es un artefacto favorable a la fantasía. Ni tampoco acepta fácilmente la imaginación sin más. El poema es de una realidad abrumadora. O una realidad trascendida. O de una realidad padecida. Depende de cada autor, de cada lector. El poema, según Novalis, «no hace, pero hace que se pueda hacer». Y cuántas veces esa afirmación se escribe contra uno mismo.

V

«DICHOSOS LOS POETAS QUE SABEN»

El hecho de que en *Las máscaras* se fijase ya el principio de una necesidad expresiva más ancha abría la voluntad de acercarse a posibilidades más extremas. Principalmente la de escapar mejor de mí mismo. O lo que

puede ser aún más exacto: mirar atentamente hacia fuera, entenderme no desde mí sino desde lo otro, rozarme o untarme de nombres, de sus radiaciones. No porque lo mío no me sirviese, sino porque no me bastaba. Comprender la buena sentencia del emperador Marco Aurelio en sus *Meditaciones*: «Todo es efímero: el recuerdo y el objeto recordado». Vivir afianzando el azar de los instrumentos espirituales que nos asigna la realidad de lo real. En eso tuvieron culpa algunas experiencias vitales y, sobre todo, una condición de soledad hasta entonces no experimentada. Un tiempo propicio de silencios y lecturas. Un cierto reposo desapasionado. Algunos autores hasta entonces mal leídos se sumaron a esa época. Camus llegó con una oportunidad y potencia inusitada. Fui aparcando otras lecturas que habían perdido definitivamente lo revelador que en algún momento me dispensaron: Neruda, Vallejo, los modernistas latinoamericanos, los urdidores del romanticismo europeo, los surrealistas franceses y sus compadres españoles, algunos poetas de la Generación del 27 (aunque Luis Cernuda, en su costado de exilio, se mantuvo en pie y su sombra se hizo aún más ancha para mi reverencia). Los poemas de *Las máscaras* buscaban un sitio nuevo en mis cosas. Y aquí es donde entra una palabra peligrosa cuando se vincula a la poesía: pensamiento. Quería asentarme más en la idea que en el arrebato. Aunque en vez de pensamiento quizá debiera referirme a demora, reposo, observación. Y con esto no

me apunto a la tentación de encasquillarse en un sistema de ideas que fijen con ánimo misionarista un mensaje. Es al revés. O, al menos, de otro modo. Que la imagen, que la asociación de palabras, que el deslumbramiento del idioma no sólo sea eso, sino que vaya tanteando por un lugar de más alto rendimiento emocional. Que lo poético sea la posibilidad que es originariamente. Que la poesía no sea solución sino pregunta. Me interesa a la manera en que el poeta Rafael Cadenas lo anotó en un texto breve: «Dichosos los poetas que saben».

Algo así como un pensamiento que viene de lo lírico o llega a lo lírico sin voluntad de ser filosofía. Tiene que ver con el verso que no sólo concluye en las palabras, sino que acampa en ellas propiciando un ámbito de idea. El verso que tiene el combustible de llevar a pensar. Que incorpora como «objeto» la proyección de una intuición provocando un estado, un estado dinámico. Lo puso en letra mucho mejor san Juan de la Cruz: «Nosotros no andamos por ver, sino por no ver». Muy probablemente de la poesía se puede decir igual. Su frontera no está en el límite explícito del idioma, sino en lo impreciso que éste alberga más allá de lo que es, de lo que fija, de lo que nombra. El poema también es un «deshacer» lo inmediato, lo concreto, lo específico. Explorar lo sentido, lo aún por hacer hasta el borde mismo de su potencial no lingüístico, allá donde operan emoción y pensamiento. Allá

donde cada lector asesta inconcretamente una coherencia nueva a eso nuevo que viene del más viejo de los canales expresivos del hombre: su desconcierto, su estupor, su duda, su verdad a medias, su desencanto.

En este sentido podría referirme a dos poetas españoles contemporáneos que, desde muy distinta tradición, pasean por esa linde de la pura necesidad devoradora de la poesía donde ambos confluyen venidos de múltiples orígenes (no necesariamente antitéticos). Claudio Rodríguez y José Manuel Caballero Bonald. Les debo una manera de mirar y de leer. El primero precisa hasta el extremo del significado a la vez que abre aquello en lo que se detiene. Claudio jamás se agota en sí mismo. Acaba siempre dispensando alguna brecha donde cualquier cotidianidad, de tan cercana, es extraña. «Ciegos para el misterio/ y, por lo tanto/ tuertos/ para lo real,/ ricos sólo de imágenes/ y sólo de recuerdos, ¿cómo vamos ahora/ a celebrar lo que es suceso puro,/ noticia sin historia, trabajo que es hazaña?» (del poema «Eugenio de Luelmo»). A esto me refiero con la precisión. Y a esto también me refiero con la amplitud de su escritura. En Claudio Rodríguez el tiempo se convierte en un ejercicio de complicidad, de contemplación y dice más de lo que dice. Sucede de un modo parecido en la obra poética de Caballero Bonald, aunque con pulsión y protocolo distinto. Hay en ella un principio casi físico del lenguaje. El

calambre se cuele por el espacio de la herida, de la estupefacción, del extravío. En algunos momentos hay quiebros lingüísticos, trochas imprevistas, giros de ritmo que se emparentan con algunos momentos de la música de Ornette Coleman. El poema no es un refugio, sino una puerta abierta. Viene de lo hondo, de lo incontrolado del sentido casi. Y se va ordenando en un viaje incesante de ida y regreso desde el que no se puede prever nada de lo previsible. Es un tránsito hacia una trascendencia apoyada en sus propias reglas, que compartimos. «Tengo miedo ahora mismo madre miedo de llegar de no poder llegar/ tengo miedo de lo acumulativo y lo disperso de no callar de estar callado/ de la memoria de la desmemoria de lo inminente de lo antojadizo/ de regresar ya anciano hasta tu vientre madre/ de perderme en las equidistancias de todos los pretéritos/ y oír allí definitivamente la voz universal que alienta en lo más íntimo/ la común propiedad en que confluye la voz de cada uno» (fragmento del poema «Entreguerras»).

La escritura es un hecho que uno va levantando, de un modo u otro, con compañeros de expedición elegidos con radical soberanía. Escribir es buscar sin equilibrio, arriesgar el viaje, amar sólo del tiempo el oscuro sobresalto de su rumbo. «Las máscaras» vienen de esa melodía. Los poemas ya no buscan ser cobijo de bellos detalles, como pedía Voltaire. Ahora, enérgicamente, surge una «ambición» por la que el texto se presenta unido a un

sentido, aunque no por necesidad a una lógica. Tiene razón Paul Valéry: «No hay que poner en verso ideas de las que sea capaz la prosa». Porque en poesía lo inexplicable multiplica. En los días de confección de *Las máscaras* ejercí, de algún modo del que sólo ahora soy capaz de comprender, una cierta oposición a mí mismo. Al menos, a lo escrito hasta ese momento. Como si saliese de la zona de aprendizaje, de los días de instrucción, con apetito de un espacio más personal, menos accidental. En cualquier caso, más ancho. Por eso en estos poemas empieza a dibujarse la línea de un yo mejor afianzado y vivido, menos empañado en el vaho de justificar la imagen por la imagen. Necesitaba que el verso fuese más que una danza sobre el alambre. Prefería ya lo natural a lo sobrenatural. Aspiraba a encontrar en mi escritura otras procedencias. Un camino de concentración donde sonido y sentido alcanzaran una armonía de renovada significación. El misterio mejor que el enigma. El aire más allá del viento. Tenía 28 años.

VI CAMINAR DESPACIO

Creo que puedo afirmar ahora, sin tener que corregirme mañana, que en los poemas de *Los mundos contrarios* adiviné el lugar en el que empezaba a concretar una

percepción más o menos nítida de lo que necesitaba de la poesía, de lo que serenamente andaba buscando. Como lector iba (voy) mucho más veloz y seguro de lo que me manejo en mis propios «asuntos». Una vez que había tanteado la posibilidad de violentar la palabra desde una relectura de las vanguardias y sus varias lecciones, debía recomponer toda aquella corriente y lanzarla otra vez sobre lo cercano, sobre lo concreto. Que lo sensorial deje paso a lo inmediato. Había que escapar del mito para acondicionar la mirada a la realidad real. Comenzó de esta manera una necesidad de exploración donde irrumpía un sentir inédito aún en mi escritura: una conciencia crítica y racional. Un suelo fértil y escasamente sulfatado teniendo en cuenta el lugar del que venía, la tradición contemporánea en la que eché los dientes: el irracionalismo y su porqué de condición surrealista. No tenía plan. Aquel escenario fue el de una colaboración entre el inconsciente (lo que podemos llamar el entusiasmo, la inspiración) y la certeza de pertenecer a un tiempo histórico donde cada vez pesaba menos la palabra, la contemplación, la revelación; en beneficio de un falso azar y de una predestinación conquistada por el fervor de lo falso, la copia, el sucedáneo, la ambigüedad, el desconcierto, el asalto a la razón y el triunfo de la superchería política, estética, moral. El poema no era sólo entonces el territorio de una «iluminación», sino el perímetro en el que desacatar las reglas y los protocolos de un mundo cada vez más indu-

cido a la afasia, al ocio en su dimensión más paralizante y vulgar. Cualquier deslumbramiento corría el riesgo de convertirse en sospecha (en eso no hemos ido a mejor). Y la poesía se me presentaba como la materia más resistente, un código abierto que no acepta hábitos. La escritura puede avanzar y penetrar en el mundo. Eso creía en aquellos días. *Los mundos contrarios* se publicó en 2009.

De algunas de estas sospechas soy más consciente ahora. Sabía que algo necesitaba más allá de lo que tenía asimilado, pero otra vez más no sabía qué. El poema traía aquella cierta espontaneidad de los primeros libros, pero se detenía más tiempo en la memoria. Requería menos necesidad de arrebato. La alcancía de ahora ahorra mejor las emociones inflamables en beneficio de una pausa, de cierta demora de actitud y de reflexión. La vida por fuera se me aceleraba mientras la poesía me ofrecía caminarla más despacio. Al calor de esas certezas balbucidas llegaron poemas como este:

CONTRA LOS HÉROES

Dime: ¿qué importan los dioses?
¿En qué astro accidental
prendió la llama o nieve de la vida?
¿Qué importa una palabra
si no es mayor que la ceniza

de lo que ya se ha dicho;
si no es *rayo de aroma*
ni va a existir jamás
cuando vuelva el mundo a su raíz,
al fabuloso abandono de la nada,
a su honda claridad de nube a la deriva?

Tu inocente escritura caerá sin estruendo,
como un símbolo en desuso.
¿Para qué sirvió entonces el idioma?

¿Y para qué los terribles héroes?, dime ahora.
Por qué no maldecir el curso de los siglos
si todo ha sido ya sobre la Tierra:
la vida por la vida,
ese oscuro sufrimiento de cosechas,
esta sombra volcada en cloroformo,
este humano haz de dentaduras,
este germen que intercambia
un sueño de agua curva
por un mal carbón de contrabando.

VII

CONTRADICCIÓN

Creo saber que en la escritura de *Los desengaños* he vivido, hasta ahora, el momento más consciente de mi escritura. El más de verdad. El de un dilatado conflicto. Coincidieron en el tiempo decepciones personales (principalmente contra uno mismo) y esa otra vía de expiación y desencanto que supuso asistir al comienzo de una «deforestación» de ciertas realidades concretas y sociales tras el perverso efecto de lo que coincidimos en llamar «crisis». Esas dos sendas fueron horadando el ánimo y por una extraña coincidencia en el tiempo generaron una suerte de diálogo. Empiezo a escribir los poemas de «Los desengaños» en 2008 sin saber muy bien qué estaba sucediendo (por dentro y por fuera de mi casa). Quizá ese arranque a tientas no sea muy diferente de otros momentos de escritura, aunque aquí pronto fue tomando forma y ritmo una exigencia de decir de otro modo, sin neutralizar o licuar los desconciertos, las extremas confusiones. No había premeditación, pero sí detecté en el proceso de los poemas un vaso comunicante que los emparentaba, los juntaba sin necesidad de acuerdo. El poema alojaba una ráfaga lenitiva, de consuelo, de pregunta, de desafío hacia uno mismo. Incluso de sabotaje. No se trataba de agarrarse a las palabras para construir una realidad más

fuerte, sino para comprender una experiencia que tenía múltiples fuentes. Ya no sólo era la poesía y tú. Ahora era la poesía y nosotros. Y el presente inmediato. Y asistir estupefacto a la neutralización política de lo colectivo cada vez con menos decoro. La poesía es una forma de rechazar el monopolio de la norma.

Los desengaños busca una toma de tierra que no estaba aún en mi poesía. Recuerdo una intuición poderosa de Simone Weil: «A través de la alegría la belleza del mundo entra en nuestra alma. Mediante el dolor, entra en nuestro cuerpo». Este es un libro absolutamente orgánico. Mejor, un ciclo arterial. Las palabras son al mismo tiempo ritmo y decepción. El idioma, en estos poemas, dibuja el límite más extremo de la confusión. No había un afán de «salvación», sino una búsqueda y una necesidad que se emparenta con el apetito. Coincide con la ruptura de un cierto mundo juvenil que prolongué hasta más allá de los 30 años. Hubo un proceso, sospecho que lento aunque se manifestara rápido, de avance, de alcanzar una cierta madurez. El mundo también se mostraba distinto. Más severo. Más mutante.

El afán era expresar mi relación con lo real, con lo inmediato. Eso requería no rodearlo, sino instalarme dentro. Y escuchar las otras voces. Que el paisaje no fuese sólo un lugar de contemplación sino una experiencia

física directa capaz de alterar certezas. Aunque mucho de esto lo he aprendido ahora, a la distancia de aquel tiempo y evocando como a tientas el proceso de escritura. Escribía como escribo hoy, impulsado por un requerimiento que no sé de dónde viene. Por la sensación y la música de hacerlo. Por la sensación y el sentido de lo que aún sólo entreveo. Creo que la poesía es el lugar donde el hombre mejor soporta no saber. Porque la consecuencia de tanta ansiedad es que sólo confiamos en quien lo explica todo o dice explicarlo todo, como adivina en uno de sus textos de filosofía de guerrilla la pensadora Marina Garcés.

El poema no remueve a los dioses ni a los héroes, pero a través de sus enlaces sí podemos encontrar la incerteza de un dios y la sospecha de un héroe. El poema produce «mundo». Lo poético es todo aquello que provoca.

En *Los desengaños* cabía la voluntad de llevar al límite cada momento de la expresión. Al límite de mis palabras y al límite de mi decir, que siempre será mucho menos de lo que quisiera. En cualquier caso, este libro tuvo una cierta fortuna ondulante porque intentaba instalarme en él a la contra de las mentiras institucionales de ese tiempo y de lo que había sido hasta entonces la resonancia de mi propia poesía. De algún modo, la realidad había empezado a tomar posiciones en mi ejercicio. El idealismo me resulta, desde aquella experiencia, de una inoperancia

excesivamente cómoda. Sólo puede ser entendido como un medio. Tenía razón Hegel cuando señalaba la contradicción como raíz de todo movimiento.

VIII

DECIR QUE VIVO, CREAR MI VIDA

(PERIODISMO Y POESÍA)

Y es ahora cuando debo confesar la poca fe que tengo en las poéticas. Sustituyen a lo infuso de que se alimenta la poesía más fatua. La pensadora María Zambrano lo explica mejor: «La cosa del poeta no es jamás la cosa conceptual del pensamiento, sino la cosa complejísima y real, la cosa fantasmagórica y soñada, la inventada, la que hubo y la que no habrá jamás. Quiere la realidad, pero la realidad poética no es sólo la que hay, la que es; sino la que no es; abarca el ser y el no ser en admirable justicia caritativa pues todo, todo tiene derecho a ser hasta lo que no ha podido ser jamás». Lo mejor de una poética es no creer demasiado lo que uno afirma en ella y recuperar cuanto antes, como lector, como autor, la apariencia de normalidad. Pues la poesía no la pensamos, nos visita. Esto es lo que dice Peter Sloterdijk que hacen las ideas. Él es un filósofo. Un filósofo alemán. Busca el pensamiento punzante y huye de las certezas esféricas.

En este momento, si fuese un sujeto responsable, daría la vuelta a todo lo escrito aquí para dejar tan sólo en pie las dudas. Escribir es especular. Escribir es estar a la espera. Permanecer en una aguda alerta. Escribir es fijar lo provisional. Los armónicos de la poesía son dependientes de una idea, de un modo de sentir, de mirar, pero no son la idea misma sino un destello más transparente, un secreto que no se puede arrancar. La poesía es una forma de pensar en el lenguaje mismo, un ensayo voluntario de consecuencias involuntarias desde una conciencia clara y extrema.

Si me pregunto por qué escribo debo aclarar que por eliminación de otros impulsos. Si me pregunto por qué leo poesía desde casi niño creo poder demostrar que por un instinto de permanencia en un no-tiempo que me hace decididamente pertenecer a mi tiempo. Hay versos que han durado más que las ciudades o países en que fueron escritos. Versos más perdurables que la civilización en la que se dieron. La verdad, cuando se asienta, tiende a hacerse independiente del tiempo. De esto habló Paul Valéry. Y algo así nos enseña la poesía. También creo en ella como una forma de protesta. Como un rechazo a la privatización de la identidad. Como una invitación a relacionarnos con lo que desconocemos. Como una práctica que no acepta la dominación y sí el vínculo. Porque permite el anhelo de trascendencia contra un mundo hecho de cosas. Porque no numera, sino que expande.

Trabajo en un periódico desde hace más de 20 años. Estudié periodismo y he vinculado mi vida al pulso desquiciado del oficio. El periódico es parte de una unidad, de una actualidad que puede mostrarse dentro del mismo diario, incluso de la misma página, como algo a la vez necesario y vacío. El periodismo es caducifolio. La poesía es un presente sucesivo. Entiendo mejor algunos asuntos del mundo por el periodismo, desde su desconcierto y su avalancha. Pero sé lo que me importa del mundo por la memoria y la complejidad vulnerable de la poesía. El periodismo me permite decir que vivo. La poesía me concede crear mi vida.

Madrid, diciembre de 2016

SELECCIÓN DE POEMAS

PRESENCIA DEL DELIRANTE

I

Si pudiera pronunciar tu nombre como ánfora quebrada,
como muerte de molinos plateados,
como almendro conquistando las vocales;
si pudiera pronunciar tu nombre como estatua derribada,
pronunciar tu voz como cúpula de agosto,
como copa diminuta
como estrellas y columnas inventando las tormentas...

Si pudiera con las manos impacientes
pronunciar la tarde a solas
desnudarte con mi boca desgastada de cadáver,
con la forma del ciprés
proyectada en mi garganta
como un cuerpo imposible,
como un antepasado de fíbulas lloradas,
de ojos como hachas y océanos en punta.

Si pudiera hacer contigo una urna interminable
hacer de ti una tarde
con ventanas en el pecho
y un río desgastado por el llanto
y un cuerpo de hojarasca
ferozmente encendido;

hacer de ti un idioma de corales enredados,
un templo submarino en mis dedos delirantes,
para mis dedos como versos
respirando un aire triste,
mis dedos derramados por un silencio a oscuras
y que ahora son olvido
y olas de metal
y musgo descifrado.

II

Hoy te he visto acabada en ti misma,
te he visto huir sin dirección hacia las cosas,
y mientras he leído entre tus cejas
que el mar es un jardín que escapa de la tarde,
y un monte con perfume en la mirada,
con álamos pequeños
soñando partituras,
soñando niños locos con pólvora en las manos,
soñando la poesía
sobre una piedra verde.

Te he visto llorar pájaros dormidos,
pájaros inmensos y poblados,
pájaros color de opio y color de bosques de papel.
Te he visto llorar un aire
delicadamente antiguo.

¡Cómo ardían en tu frente los paisajes de mi sangre!
Qué preámbulo de antorchas
y de sauces coronados,
qué tristeza de archipiélagos me acecha esta mañana,
qué sustancia más oscura desordena
las palabras,
qué concierto,
qué concierto de seres naufragando,
mientras te piensan mis manos lentamente
y dejan en tu espalda un origen de astrolabios.

III

Mira, mira el claustro tatuado del mar en mis tobillos,
mira mi melena con sus bóvedas estrechas,
con sus bóvedas de nervios
y sus muros espantados.

Pero mira,
mira el joven muerto con flores en la boca,
y la noche susurrando una luz definitiva
y la música repleta de licores que se abrazan,
la música temblando
como un parque profanado.

Así será el silencio,
así la sangre atardecida,
así el invierno inexistente
como cinco heridas blancas.

He aquí mi angustia de un metal desconocido,
el pájaro hecho esquina del bosque sospechoso,
el lirio obsesionado.

He aquí mis ojos en láminas precisas,
mis hombros con sus torres y su espliego,
mis manos,
mis manos estallando sobre el mundo,
sobre todo lo que sueña y se levanta,
porque eres tú el silencio,
el mapa conmovido,

la herencia de los búhos derrotados,
porque eres una fiesta de ánforas quebradas,
eso es, de ánforas.

(De *Antes del mundo*, 1996)

MAZARRÓN

A Ángel Caffarena

La mer, la mer toujours recomencée...

Paul Valéry

Un ojo, tal vez, como una playa muerta. El mar. Como un labio proclamando su presencia delirante, como una soledad dulcemente traspasada por la sangre de unos barcos de ceniza. Así es el mar con su dolor de mar. Acaso un hombre como un pájaro vacío. Pero es el mar, la luz sin hemisferios ni memoria, es huir de ti o detenerse sin medida, hacer de cada piedra un aire, una estrella, un metal de siempre; besar, sí, besar el cofre deshojado del invierno, y besar también un hilo de planeta.

Así es el mar, con mi nombre, y mi cabeza, y mis sienes improbables donde cantan las esquinas del silencio. El mar con su vestido atroz y de mercurio, con sus seres inventando las espumas y sus yeguas encendidas seguramente azules.

El mar con su leyenda agonizante, con sus túneles templados del color de muchas manos. El mar como una infancia de tambores mercenarios. El mar con su perfil y sus sílabas profundas. El mar con su nostalgia

de viento irremediable, el mismo mar de voz de
cementerio y alas de secreto que te negó mi ausencia.

(De *Antes del mundo*, 1996)

AMOR Y MUERTE

(Elegía)

Con Louis Aragon

Diría que en tus hombros cruje el tiempo
y se destruye.
Diría por momentos que algo suena
sin origen,
que algo suena a piedra memorable,
a grito sin acento,
a labio que ha rozado
la dura eternidad de un párpado caliente.

Imagina que es la muerte,
(la tarde está vencida),
que hay un pájaro que suena
como una luz impura,
y un niño delirante,
un pie desenterrado,
un humo de relámpagos partido en dos mitades.

Hay días que parecen lentamente de tu infancia,
tardes entorchadas como un lirio de fiebre,
como una dinastía de cuerpos humeantes,
de savia decaída,
de todo cuanto suena y toco con mis dedos
y no es únicamente olvido entre los labios.

Hay días que mi boca te corona de alas ciegas,
de erizos arrancados de alguna tarde blanda.
A veces se oye un río bajo un pecho diminuto,
en una lejanía de bosque o marzo ígneo,
a punto de morir donde la luz se acaba,
donde la noche sube y queda entre puñales,
y se hace mies ardiendo,
y no nos pertenece.

Entonces yo te cubro con versos de beleño,
con un cristal envuelto en olas quietas,
con un golpe de mar mientras escribo.
Tu corazón va despeinado hacia tórtolas de niebla.
Diría que hay pianos entreabiertos
como fauces subterráneas.
*Digo: yo te amo cuando duermo,
cuando alguien deposita en la memoria
cadáveres desnudos como espigas.*

Apenas en la noche te pienso vulnerada,
más cerca de tu vientre, como un astro furioso,
y no como la sangre que estrella por la piedra
su ámbar implacable,
sus ojos de bambú por los que el llanto vuela.

Nada es verdad bajo las playas
donde el vértigo se instala,
donde ciñe a ti la muerte sus bodegas
y vuelve a ser milagro como una miel vacía;

pero hay pequeños corazones amansados,
campanas golpeando tu forma que se quiebra
y el súbito final del rayo en las vasijas.

Y sin embargo,
con tinta arrebatada, como un largo poema,
hermoso fue sentir un palpito de anclas,
un pétalo temible en forma de ceniza,
de cáscaras de amor colgando de un incendio.

Hermoso fue morder tu sombra por la arena,
tu sangre enloquecida en la región del miedo,
tu sangre de verdad hacia otra vida
donde una voz invoca con pálida tristeza
estatuas o conjuros de la luz,
palabras de aquellarre al borde del olvido:

Elsa,

Elsa Triolet, se llamaba...

(De *Lucernario*, 1999)

INVOCACIÓN

No basta la elocuencia
Mi corazón esta noche oscila
René Crevel

Pálida la noche entierra sus tambores.
Todo en ti lo sé como una luz violenta.
Tu mirada esconde su verdad improbable.
Cuántas veces he visto tu corazón sin nadie,
como un hotel ajado, buscar constelaciones,
fingir que hay recuerdos,
crecer hasta el silencio, desde la música del odio,
como una tempestad de esponjas y alfileres.

Cuántas veces he visto tu gesto trasnochado,
tus piernas como dársenas o pabellones tristes,
como un altar de agua tu silencio.
O como ese firmamento del labio adolescente
que trae su cicatriz, que trae su edad ligera.

Todo en ti lo sé con propósito desnudo
y no hay felicidad si no cesan tus ojos,
si no cae una flor en cada grito,
(y abrasa en su agonía)
si no arde en tu espalda el bambú de las sospechas
(y todo ángel tiembla).

Yo te espero aquí, con la luz que llega,
donde hierve la nada solamente.
Qué tensión de flautas arrasando la bahía,
qué extraña claridad si arden las higueras:
diría que en mi muerte, a medianoche,
una fiera de humo te averigua.

Diría que en tu risa, con estruendo,
el mundo te golpea.

Mira, hay una luz que reina por tu boca,
un alma cereal que oscila entre mi pulso y el poema.
Y en la tarde que vuela,
incrustada de astros,
alguien sueña que existe,
y celebramos su ausencia.

Cierra mis ojos.
Todo es anochecer y escarcha.
Bajo el silencio húmedo de un cuerpo machacado

la tierra gime como un lobo. Yo conozco esa forma
que yace indiferente,
esa sombra amarga que en la materia dibuja
un rumor de fruta enferma, y sin embargo...
su ardor, su sexo, su misterio, como un nombre,
me fue dado.

(De *Lucernario*, 1999)

POÉTICA

Pide para tu sangre los ojos de aquellos que te amaron, la almendra de sus sueños; y una música, una fecha, una playa insólita con más noche que el llanto. No dejes que el invierno asfixie tu república de labios insaciables. Recuerda que el deseo entrega al inocente la sal de su delirio, que nunca vencerá aquel que no ha sentido el gas del sufrimiento, su fuego sin preguntas, la luz en los suburbios de la sombra. Ansía ese carbón y arranca de su sexo la voz que te depara. No cifres su locura, la abrazas, pues es ahí, desesperadamente, donde la claridad impone tu existencia.

(De *Lucernario*, 1999)

HIMNO

(Novalis)

¿Será al rumor nocturno en que se inflama el aire
a lo que dicen muerte?
¿Será a esa causa sin combate,
a las torres que se hundan en noviembre
con su voz en crecimiento,
su dolor a salvo y sus bóvedas humanas?

Todo adiós tiene olor a fruta amarga, a frente fatigada,
a incendios y corales agitándose en el pecho
como ese beso súbito que gime a nuestro lado,
como esta fiebre oscura que muda de pupila
y deja en su ceniza terco amor inagotable.

La muerte es lo que el labio no comprende:
la cima de la luz a la deriva,
la exacta artesanía de la niebla
antes de hacerse miedo o mimbre triste,
*antes que el tiempo muera en nuestro brazos**
y sea el corazón un ave en punta,
un nido incommovible de anhelos y fantasmas,
esta urna sin vigor,
o más tímidamente,
la pureza del lirio entre manos mojadas,
ese paisaje en fuga que las olas enlunan,
que las olas varean.

Y pienso en ti, a veces, como un parque cerrado,
apretando en el pecho los timbales del trueno, el secreto y el bieldo de un
delirio tan hondo
que jamás habrá voz que pueda anunciarlo.
Si pienso en ti tu sombra se hace esbelta
en pleno grito, a plena tarde, y canta
como gimen las veletas del invierno.

Pienso en un cuerpo sin alma como grímpola loca.
Pienso en la muerte alumbrada, resonando tan fiera,
en su edad sobrehumana que también estremece.
Pienso en la muerte infinita de un niño que nace,
en ese fragmento de amor que sostiene dos aguas,
dos puras tinieblas, dos alas de barro. Pienso...

Hoy es siempre la misma ausencia.
Un deseo fugaz sólo nos queda,
un rumor de acequias rastrillando.
¿Y quien vendrá a negarnos esta luz que sube por las ramas,
este sueño vítreo que se acaba
y yo no reconozco?

Hay días como hoy que sólo queda vida
flotando como flecos:
un alto espacio inhabitable donde una vez
dejaste el nombre en ascua,
tu risa mercenaria, ese árbol de cristales,
tal arcilla de amor...

**Este verso pertenece al poema titulado «Epístola moral a Fabio» de
Fernández de Andrada.*

(De Las máscaras, 2004)

LA TUMBA DE BLAKE

(1757-1827)

Aquí, tumbado en la noche,
cansado de arañas y ecos y dones,
hundido en la tarde inclinada del llanto
como algo imposible;
temblando en lo oscuro como un perro loco,
cansado del tiempo y su añeja inocencia,
cansado del tiempo y su dios abatido,
cansado del tiempo y su musgo humeante,

te has dejado caer -extraño, ajeno, manso-
como acaban y quedan los que han muerto solos.

¿Quién dijo, por fin, que en tu mirada hubo un bosque,
que en tus manos crecieron furiosas tinieblas,
un vuelo de cintas y niñas nupciales
aullando enlutadas como árbol en llamas?

Con distinto silencio,
un murmullo caído entre calles usadas,
presides la forma del rayo más joven,
aquello que nunca jamás ha existido,
así como el fuego entre dos lenguas vivas,
algo así como el pájaro del deseo.

En este jardín abatido de mugre
donde ya no hay fantasmas ni galaxias moradas,
sólo nos queda el asombro del aire,
un tibio homenaje en mitad del vacío.

Por eso me acerco a tu tumba partida
pisando sin más tu fatiga de muerto;
y llego a tu largo verano apagado
con fe de campanas cuyo destino ignoro.

Entonces me siento
en la tarde contigo
-si fueran felices como nosotros-,
cuando la espada del sueño machaca el aire
o la luz da de golpe en recuerdo tuyo
y en tu piedra nos dejas un arduo misterio:

The poet-painter
William Blake

Como un sordo rumor de poemas,
como un crimen de signos o arcilla,
como el surco en la tierra que deja
esa tibia raíz,
esta turbia costumbre
de hacer del olvido una danza perpetua.

(De *Las máscaras*, 2004)

LUIS CERNUDA

(1902-2002)

¿Es al peso desmayado de las cosas a los que llamas mundo?
¿A una huella joven y sin ansia,
a ese mar de hace un instante
a la terca claridad que se hace alma o luz casi
llorándola?

¿Llamas mundo a la raíz o al árbol?
¿Llamas odio al tiempo, lo llamas labio
-dichosamente solo.
buscando el cárdeno misterio rebelado
que en cada cuerpo habita?

Dime, ¿morir es nacimiento o es vacío?
¿La luz en medio de la mano, qué tempestades alza;
quién desordena el agua como un nombre,
como un palpito húmedo de noche?

¿Quién eras, vibración del fuego,
atalaya de pura transparencia,
oráculo en derrota, fulgor de la deriva?

Ahora eres tan sólo latido de la tierra,
extraño arroyo en sombra;
eres lo que nunca antes has sido:

rosa, catedral, madera de la sangre,
clamor de dios en miniatura,
relámpago vencido y ascua en medio,
murmullo y platería de nubes derrotadas,
Tú lo sabes.

Desolación de la quimera, dirías,
restos de alas.

(De *Las máscaras*, 2004)

PRISIÓN DE LA MEMORIA

Si bastase una palabra para olvidar la sed.
Si la música fuese un eclipse descalzo.
Si tú no fuese tú, ni yo mismo siquiera.
Si el océano es llanto de cruces arrasadas.
Si lo absoluto es la luz, y ésta el atrio de la niebla.
Si hundieses lentamente lo quieto de tu voz
en lo fatal de mi mano.
Si fuiste en cierto día esa verdad tan bien mentida.
Si un reloj desconsolado ya es el tiempo.
Si no te vuelvo a ver.
Si no te he visto nunca.
Si rompo este cristal de aguas repentinas.
Si de vacío celeste son tus hombros, son los míos.
Si alguna vez odio los mapas porque van a ti,
como una lumbre a oscuras.
Si todo beso es labio en vencimiento.
Si del lado más puro de la vida...
Si del lado más puro de la vida
nace el ángulo indeleble del olvido.
Si poema es el nombre que toma un grito cierto,
¿dónde éste ha sucedido?
Si aún fuese posible ya nunca recordarnos,
vibrar como el adiós cuando la luz clarea,
cuando la noche esgrime su blanco puñal de ave,
sin más piedad que un dios cosido a la alegría.
Si aún fuese posible, digo, estar lejos de aquí

no habría dicha, ni cumbre, ni más alto jardín
que esta ardiente sed hecha de abril y desmemoria,
de ópalos como coronas para aquella que no fuiste.

(De *Las máscaras*, 2004)

CUESTIONES APLAZADAS

Habré de escribir un día
cómo el hombre aprende a amar,
a tientas probablemente.
De qué delito esta hecho un cuerpo,
de qué estridencia viene,
de qué penumbra se hizo eco
para estar aquí,
y mantiene el equilibrio,
se hace viejo mirándose las manos,
y aprende de la sed y de la nieve,
igual que el pájaro.

Habré de escribir un día
a qué obedece esta sospecha anticipada,
a quién sirven mis dos ojos abiertos,
cómo nació la luz de una impaciencia,
o del saqueo de una estrella,
y de cómo se llenó la tierra
de párpados y de ventanas
aprendiendo a hacerse noche.

Habré de escribir un día
lo que ven los ciegos
en su lumbre blanca.
Qué moja el mar
a la altura de mis pasos,

a dónde va esa mercancía,
el eco de mi altura hecho de huellas,
la razón del peso de los hombres.

Habré de escribir un día,
quizá mas tarde,
de la sagrada aspiración de un dios
a ser dios sólo.
También de aquellos
que ya no espera nada
y alguna vez fuimos nosotros.
O de esos que distinguen
entre orden y deseo
y nunca desbaratan sus pasiones.

Habré de escribir un día
del piano envenenado por la música,
de los niños afilando sus garras en el miedo,
de bocas sujetando el mediodía,
de aquello que creímos ser
en frías azoteas con luna de cerveza
y ya nunca será igual.

Habré de escribirte un día todo esto.

¿Pero quién sobrevivirá a quién?

(De *Los mundos contrarios*, 2009)

BIOGRAFÍA SIN AÑOS

I

Qué importaba entonces el orden, las promesas, tu futuro, si todo era fragancia de un naufragio, exceso de presente, vendimia de ficciones, disfraz de huésped para el dorso de lo oscuro. Yo veía sendas en el aire y caían a la vez metales sobre el mundo. Un santuario era la noche, una escritura de pájaros súbitos. ¿A que llamábamos deseo? ¿Qué humo dulce escalonaba el corazón? Me electrocuté cuando niño y fue el calambre un trayecto corto, una vigilia remontando la sangre, dejando un dibujo de escarcha en lo que pronto iba a ser yo, como si no fuese a volver. Mis dedos traen noticia de la electricidad, mis dedos mordidos por la rampa treinta años después. Si escuchas, aún está el veneno de la luz en ellos, la armónica del resplandor. Puedes distinguirlos porque arrastran las huellas de esa infancia pirata, la feroz taquigrafía de la muerte contando sílabas en mí. Después la vida prometió países de azúcar. Pero se fue incumpliendo sola, se va incumpliendo poco a poco, se va curvando y huele a musgo, a lumbre. Nunca se aprende a vivir.

II

Mejor aquella edad con sus goteras, los días sin diccionario.
Dijeron que la juventud lo arrasa todo, pero tan sólo parte en
dos el tiempo y es costumbre caer del lado sin retorno, donde
suelen ser escasas las noticias favorables y el amor es el abril
que dijo Eliot claudicando en esta tierra condenada.

(De *Los mundos contrarios*, 2009)

CONTRA LOS HÉROES

Dime: ¿qué importan los dioses?
¿En qué astro accidental
prendió la llama o nieve de la vida?
¿Qué importa una palabra
si no es mayor que la ceniza
de lo que ya se ha dicho;
si no es *rayo de aroma*
ni va a existir jamás
cuando vuelva el mundo a su raíz,
al fabuloso abandono de la nada,
a su honda claridad de nube a la deriva?

Tu inocente escritura caerá sin estruendo,
como un símbolo en desuso.
¿Para qué sirvió entonces el idioma?

¿Y para qué los terribles héroes?, dime ahora.
Por qué no maldecir el curso de los siglos
si todo ha sido ya sobre la Tierra:
la vida por la vida,
ese oscuro sufrimiento de cosechas,
esta sombra volcada en cloroformo,
este humano haz de dentaduras,
este germen que intercambia
un sueño de agua curva
por un mal carbón de contrabando.

(De *Los mundos contrarios*, 2009)

LAUTRÉAMONT

Quisiera como tú, arriesgar el viaje. No ser ni luz ni sombra: sólo límite. Dejar una penumbra por todo patrimonio y hacer brotar mi sangre, sentarla entre nosotros, oír cómo se apaga su cauce diminuto, el líquido aderezo que me impulsa, la lenta munición de mi existencia. Oigo un rumor de cosas que pasan por la calle, el miedo es la moldura que las une. Y si miráis más al fondo de mi vida, si acercáis el oído al acorde del frío, será la locura quien hable.

Pacíficamente he borrado mis huellas, he apoyado en la noche mi cuerpo impreciso, mi fe humeante. Acerco mi pecho al vacío. Es el aire un tarot de pájaros ciegos que escupe este canto futuro. Sólo quiero apurar mi edad, mi tierna maldición sin años y que la obscena clave de mi nombre suene por el triángulo del cielo, por el aula de las nubes que nadie ha conquistado, por todo lo que fue abatido y yo defendiendo brindando a la salud de los siglos sucesivos, puntual en la violencia intermitente del invierno.

Porque mi generación no existe nada hay más terrible que un clamor de multitudes. Escribir es no aceptar lo irremediable, buscar sin equilibrio, amar sólo del tiempo el oscuro sobresalto de su rumbo. Del olvido extraje un esqueleto afín al mío, un hermoso mástil. Bastará el día en que muera con escribirme el epitafio en la niebla de un espejo.

(De *Los mundos contrarios*, 2009)

RETRATO DE MUJER

(Egon Schiele, en el Museo Albertina)

Un solo cuerpo desnudo. Cuerpo sin madre. Un leve borde tendido, fruta de nada. Un dolor esencial o arrebatado a la noche. La carne difusa, dos sílabas negras el alma. Esto soy yo: rostro imperfecto, sexo, ceniza, fragmento. Soy el jardín rendido, la insistencia de una sangre sin costumbre, el tallo de la sombra, un himno a tientas por el verde de los labios.

Mira la tela. En ella eres tan sólo una curva transformada hasta ser nadie, una verdad muy lenta donde la herida transcurre: tu frío llega hasta nosotros como el ruido de un vivo corazón golpeándose en las jaulas. Un amor inaudible atraviesa la sala. La vida está en los ojos y casi no se mueve. Una mujer finge la luz y es la luz un río por fuera. Quisiera tocar el agua de su miedo, gastarme en lo concreto de su frente, equivocar tu calentura. Ser algo más que víctima o testigo de la tarde. Ser algo más que un hombre de mi tiempo admirando un desnudo delirante en un museo sin entusiasmo. Ser cualquier cosa antes que el estruendo de la calle derribe de una vez nuestra mitad humana. Pues más allá tan sólo existe el ascua ciega de este cuadro, su ozono dañado.

(De Los mundos contrarios, 2009)

CABO DE CREUS

Será un rasguño el corazón.
Será un rastro de nieve para entonces.
Será una gota tarda que no ha caído todavía,
una amarra repetida que lanza cabo al mar,
un pañuelo enjuagando la memoria,
un triángulo será para alumbrar la savia de tu daño.

Y aun así volveremos a este mismo lugar.

¿Quién habrá zarpado para entonces?

Estabas esperándome donde se apaga el día,
a la hora en que toda claridad voltea y el deseo gime
al otro lado de los barcos, en la parte oscura de su rumbo,
en su ronca gramática de aguas.

Allí donde se cierra el día menhires de sombra ondean
y son tu voz secreta, tu pulso que se empapa de horizonte
y contradice el orden puro de la tierra, y niegan la alegría.

Pero la noche no llega a lo que no será ceniza,
se detiene antes, en cualquier respiración sin alboroto.
Y allí hace nido hasta rendirse,
allí se balancea hasta que el nudo, perfecto,
pone coto y argumento a la intemperie,
le quita la pereza y la razón a todo cuello.

Dejemos que este tiempo detenido sea candela del mar
por unas horas.

Del fin no temas su falsa evidencia,
sino el desorden que al otro lado asoma.
Mira cómo ruga la vida escalonada
en el estrépito del precipicio:
en forma de ave,
 en fuente de aire,
en yunque de sueño,
 en zumbido de amor.

Y aun así volveremos a este mismo lugar
y otra será la misma luz despedazada.
Dentro de ti clamará aquel dios que aquí invocamos.
Estará la piedra con su herencia de volcanes,
con su dura cruz de siglos dentro.
Estará lo que antes fue perdido,
aquello que hoy dejamos igual que un molde intacto,
lo mismo que una pausa con historia:
el himno inacabado, el hombro aquel desnudo y su armonía,
la sílaba que cristaliza en el oxígeno,
el arduo empeño de tus ojos por ponerle quilla a lo que miras,
que nunca más naufrague lo que has visto.

En la obediencia del mar,
los dos entonces,
tan sólo pediremos a la vida
la clave de esa tarde a contramuerte.

(De *Los mundos contrarios*, 2009)

LO QUE SOMOS

Lo que tus ojos ven dentro de ti,
los números y leyes de la sangre,
el frío lentamente entre tus bienes
y aquello que la edad ha generado,
no es la vida exactamente,
ni el azúcar tortuoso del azar,
ni la horca del destino como halago.

Lo que tus ojos ven dentro de ti
pudiera ser
la única verdad de este derrumbe,
la mordida moneda de los años,
el ajedrez violento del insomnio,
el faenar del nombre que te dieron donde nunca estás del todo,
cazador iluminado.

Lo que tus ojos ven dentro de ti
es algo que sube de la infancia con sus festivas bestias arrojadas,
es un agua desfilando por las cuatro calles de tu miedo
con su fulgor descalzo.
Porque amas lo que se enciende.
Porque empezaste a morir lentamente hace más de 30 años.
Porque sólo sumas ya intemperies.
Porque aún aprendes del fracaso y en cada desengaño ves un pájaro.

Lo que tus ojos ven dentro de ti,
ese batir de bosque o de hombre huyendo,
es aquello que aún no has dicho.
Todo lo que adoras en secreto.
Todo lo que odias como se odia de un país a los héroes indultados.

Lo que tus ojos ven dentro de ti
tan sólo es la deuda entre dos anatomías,
un pálido animal hecho en silencio
que sólo del andar fue triste escombros.

La técnica del mundo ha sido esa:
hacer de cuanto existe un mal acuerdo humano.

Aquello que tus ojos sólo ven dentro de ti.

Y es tan extraño.

(De *Los desengaños*, 2014)

SUMISIÓN

Nunca antes vimos de igual modo planear el miedo.
Nunca tanto anuncio de ciudades saqueadas:
el concierto de las grandes carestías,
el oscuro atajo de aceptarlo todo
y asumir la humillación como anticipo,
de asistir al suspenso de las calles desoladas
por más que despertemos juntos.

La noche está vibrando a plena luz en las ventanas,
por pura nitidez de lo que existe.

Vivir es una doma peligrosa,
andar, desaprenderse.
También el modo de asentar lo que has perdido: un país, una música inexacta,
una certeza de anteayer hasta verlo todo azul
y no saber qué arde exactamente.

Cuánto tiempo necesita tu pasado
para hacerse pájaro y huir.

Cuánto aguanta un continente hasta su ahogo.
Dónde acaban sus alrededores,
su reino de esperanza.

Por qué esta forma de entregarse
al frío cardinal del abandono

fingiendo una emoción
como el que ensaya una intemperie,
paseando una verdad que nunca será nuestra
en nombre de cualquiera de nosotros.

(De *Los desengaños*, 2014)

37 AÑOS

En qué siglo suceden las cosas de ahora mismo.
Dime: porqué tanto silencio cobarde en la avenida.
Dónde los gritos, los abrazos, las caducas consignas,
la imposible soberbia de las revoluciones.
Qué ha quedado del comercio en furia de lo joven,
del afán de ocupar las tierras sin promesa,
del fulgor de apurar la noche
porque nunca bastó la luz
para un solo amor ni para hundir galeones.

Y ahora qué.
Regresa el látigo del frío
buscando imperio nuevo en ojos nuevos.
Y qué poco importa todo.
El día de mis 37.
El día de mis 37
volvieron a la casa lobos de silencio.
Mi cansancio y sus nortes de río.
Mi ceniza de hombre y su cruda deriva.
Esa luna que para nadie emerge,
canción de cielo y promesas.

Del otro lado de mi sangre,
de mi fragor orgánico,
de las partículas remotas que me enlazan como hombre,

queda un dolor a tientas que es más claro que la vida.
Que dura más que ella.

Y eso lo he entendido ahora,
cuando ya no importo en tu cetrería de manos,
y he vuelto a la leyenda insostenible
del día que se apaga a todas horas
con este andar mío tan despacio.

Prometí no traicionarme y aquí estoy.
El día de mis 37. Y ya nunca se hará tarde.
Y nunca más tan solo como ahora,
fingiendo celebrar el tiempo cuando quise decir nada,
como si fuera la primera vez,
como los animales.

(De *Los desengaños*, 2014)

ANTE EL MAR

Detrás de tanta noche hereditaria
un hombre mira el mar de espaldas a lo vivo.
Confía en la aventura
de no tener delante más párpado que el agua.
Es alguien asomado a su extremo más mortal,
donde todo se libera de sentido.
Un hombre ya sin gozo ni trofeo.
Un hombre con la voz desordenada,
con la piel de muchos años como un alcohol fingido.

Está mirando el mar donde el mundo no merece más pretexto.
Es uno de nosotros, visible en lo invisible.
Un cuerpo con sus glóbulos, su prodigio, su sonido,
con su verdad que llega a oírse.
Un hombre sabiéndose irreal cuándo aún se siente cierto.
Un hombre ya implacable, con su estatura de fiebre,
con su atlas de espumas,
con la vida un poco aparte y derramando olvido.

Es exactamente así:

Pues cuando un hombre observa el mar
amplía la nostalgia de sí mismo.

(De *Los desengaños*, 2014)

RILKE

Imaginaos la vida como si fuera esto. Exactamente lo que veis y lo que os duele. La misma sombra muda en cada hombre. El hielo. El fulgor de un sueño y su quebranto. El abrir los ojos y educarlos (sin pasión) a no entenderlo todo. Jamás darle a las cosas su significado exacto. Asumir desde el origen ya la muerte. La belleza con que ésta se disculpa. Sólo así la soledad cumple su ciclo y es un alto don irrenunciable. Mi soledad y yo. El color de mi orina. Las rosas feroces. Los deseos. Despertar en la noche con la infancia anegada bajo el portal del párpado y sentir que lo terrible es un momento entre dos nombres. Que todo éxtasis es un desván a destiempo del mundo. Es un rumor de flor que no se pudre. Yo quise escribir con el ansia del que llega a existir demasiado tarde. Escribir por no lastimarme. Por ser transparente. Anticipar mi extrañeza y después confirmarme en ella. Yo, Rainer María Rilke, mitad miseria, mitad maravilla. No saber vivir más allá de mí mismo: ésa fue mi conquista.

(De *Los desengaños*, 2014)

DESPEDIDA

Como si todo fracasara al fin.

Los libros de otro tiempo,
la inesperada mano que invade con ternura,
el pálido comercio de las bocas,
la usura que mueve las pasiones,
mi falsa juventud de magias
que lentamente ahuyenta lo que de mí
no reconozco.

En ti festeja el día nuestra voz deshabitada.
Ese instante en que la vida deja como herencia
un nombre que nació para doler,
este largo carbón de amigos,
y unos ojos limpios como el No, objetos hoy de la desgana.

A veces pienso:
si alguien me hiciera una pregunta,
si alguien me dijera porqué el amor despinta los veranos,
porqué su caravana se va desvaneciendo
y deja un rastro de suicidas con palomas en los puños.

Pertenezco a lo que no puede durar,
a lo que no se ha dicho aún:
al delirio volcánico del pájaro,
a la sed que desaloja ríos;
y soy un hombre velado por su sangre,

soy mi infancia de traiciones invisibles
y un vino infernal. Un vino largo, impuro, enloquecido.

Pesa sobre mí la lujosa plata de una herida.
Las luces indirectas del futuro.
Seres que aún no amo y sé que están conmigo.
Cuerpos como hoces.
Banderas dispuestas al olvido, a naufragios inexactos.

Y cuánto quedará para la despedida

Qué ves
cuando la noche irrumpe y sabes que no es la noche sólo.

Qué ves cuando me acerco,
qué raro acordeón vaciando a un hombre,
qué historia mal contada,
qué grieta.

(De *Los desengaños*, 2014)

FUERA DE SITIO

A Arturo Pérez-Reverte

Imagina que el tiempo sólo es lo que amas:
unas pocas palabras, unos seres exactos,
unas horas muy lisas, una playa (quizá)
donde el daño no acecha.

Imagina la vida como no lo es ahora,
no quiero decir como algo perfecto,
sino un resplandor, cierto abril de muy lejos,
un tributo al azar sin otro destino
que el confín fugitivo de un eco sin rostro.
Y después cualquier cosa.

Con qué precisión va la edad hilvanando el espino.
Y qué extraña la urgencia de ir en pie hasta la ola,
celebrar lentamente que aniquile mi huella,
mi escritura de hombre, mi certeza de surco,
ser la alta misión de lo que nunca concluye
como no cierra el mar su recado en la orilla.

Pero no es estar quieto la razón ni la meta,
sino un querer más pequeño, una conquista más clara:
ver la vida llegar de su noche a tu noche
en un cuerpo ajeno,
pronunciar su silencio,

abrazar su alambrada,
desear su vacío,
delirar sin camino, sin mapa, sin fuego,
hasta el tiempo sin tiempo
del país que no haremos.

(De *Los desengaños*, 2014)

HOSPITAL

A cada hombre lo limita un deseo y un cansancio.
Es el precio de vivir.
También un filamento de tristeza,
una impaciencia inigualable,
un arrepentimiento por amor
y otras costumbres con que tensar la biografía,
con que ofrecer misericordia a lo que existe,
una respuesta a lo que nadie ha preguntado,
un calor a quien nos educó en el daño.

Vivir es una invitación para el naufragio.
Una norma convenida que decide por nosotros.

Piensa en ti sobre esta cama de hospital.
Piensa en el atajo de los sueros y las sondas,
agujas y saetas adentro de tu piel,
en el miedo que se pone de tu parte.
Y yo no sé si te das cuenta,
pero en esta habitación de solamente espera
la ausencia de tumulto nos hace más despojados.
Tanto tiempo para esto,
tanta fundación furiosa
y tanto empeño por amar de más a más,
y hacer viajes muy largos,
para ir hacia la muerte sin saber,
confiado en que aguantar es el triunfo,

seguro de que aún no eres reliquia
porque hoy tu corazón resiste indultos.

Qué barrio viejo es la esperanza,
qué inútil la memoria,
qué brindis de la fiebre contra el ojo
cuando el frío ataca una vez más
y nada ya nos pertenece.

Cómo cansa en este cuarto la grandeza de estar vivo.
Qué equívoca piedad la del insomnio
cuando un padre se consume ante nosotros,
cuando aprieta el gesto contra el mundo
y le falta su denario de aire limpio,
la indulgencia tarde arriba del oxígeno,
la mano condenada que reclama su entereza
y su estancia aún entre nosotros,
esa mano que el dolor allana
e intuye un día que morir
quizá sea en verdad
aquello que viviendo casi olvidas.

(De *Fuera de sitio (Poesía, 1995-2015)*, 2016)

Ojos

El hombre, a veces, entiende mejor su vida en otros ojos.
El hombre encuentra en lo de afuera una exacta memoria de sí mismo.
Yo busco lo que soy
en lo que tú miras de mí
y asumo en esa disciplina mi prodigio y mi frontera.
En tus ojos despojados de voz y de sonido.
Tus ojos minerales, con su invasión silenciosa,
con su latido de faro,
con todo lo que albergan de lo que aún me desconozco.

La vida va tomando forma si tú pronuncias «vida»
y yo miro esas letras que salen de tu boca,
que escapan para siempre, que suben por el aire
y en tu mirada quedan como si fuera de noche.
Pues la noche afiera los ojos
y en su licor vagabundo hay ceremonias y labios,
y su extravío concede el don de hacer prisioneros.

Los ojos color salvaje.
Los ojos color cerrado con que caminas y asientes, y cantas y escuchas.
Tus ojos como fieras acechando en tus ojos,
como un puñado de pájaros
o un cementerio de argollas,
o sobre todas las cosas como una bruma muy joven que aún cuelga del aire.
Los ojos hilvanados de amantes que descansan
sin saber que soy yo descalzo por tu cuerpo,

en tu playa de olvidos,
con mi costura de miedos
o fumando sin prisa en tu juventud que se afana
mientras la mía se aleja con su apretada clausura.
Y no sé si te das cuenta.

Si me vieras ahora.
Si supieras que un día traicioné la impaciencia de tantas promesas abiertas,
de tanto que nunca dijimos.
Si supieras que he amado una voz casi tuya,
una casa de luz semejante,
y los mismos embates
de los bares a oscuras...
Si recordaras.
Si vivieras quizá.

Y ahora dime:
en qué mar dejó tu edad de viajar contigo.

En qué azul inexplicable
perdí a mis cuarenta la patria de ser mirado
y el bosque de que me vieses.

(De *Fuera de sitio (Poesía, 1995-2015)*, 2016)

UN POEMA INÉDITO

TREGUA

La vida se concreta mejor en lo pequeño:
la templanza maternal del agua,
el cara o cruz de los viajes que no has hecho,
los árboles que trepas,
el amor que parte en dos
su evidencia y su dominio.

Para vivir no es conveniente dar rodeos
ni buscarle a las preguntas su respuesta en la respuesta.
A veces es mejor confiar en quien no sabe
y aprender de sus cautelas,
como aprende el animal a desapasionarse,
como aceptan las montañas ser final y antes del mundo.

Sabes que hay cosas de ti que no te pertenecen:
ser niño y persignarse,
demonios clamorosos,
la costumbre de besar a los extraños,
la monótona conciencia de la culpa,
alegrarse en carnaval,
creer en dioses.

Pero eres parte de tu siglo, de su bárbaro jolgorio.
Millones de hombres que se matan,
y se agotan en oficios rigurosos,

y hablan entre sí aunque no laten por nadie,
y sólo han aprendido a estar ya solos.
Solos como cuelgan los disfraces.
Solos como dos espejos solos.
Solos como suena el llamarse incluso Antonio.

Por eso que vivir se concreta en lo pequeño.
Ahí donde te miran unos ojos,
donde piensas en alguien y lo salvas;
donde alguien piensa en ti
y da tregua a tu destino sin saberlo.

BIO-BIBLIOGRAFÍA

Antonio Lucas (Madrid, 1975) ha publicado los libros de poemas: *Antes del mundo* (Madrid, 1996), accésit del premio Adonáis, *Lucernario* (Barcelona, 1999), premio Ojo Crítico de Poesía, *Las máscaras* (Barcelona, 2004), *Los mundos contrarios* (Madrid, 2009), premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla, *Los desengaños* (Madrid 2014), premio Loewe, y *Fuera de sitio (Poesía, 1995-2015)* (Madrid, 2016).

Además, tiene varios libros sobre arte: *Manolo Valdés: esculturas en Nueva York* (Madrid, 2012) y *Soledad Lorenzo, una vida en el arte* (Madrid, 2014), así como una selección de perfiles literarios de algunos creadores esenciales de la cultura de los siglos XIX y XX reunidos bajo el título de *Vidas de santos* (Madrid, 2015).

Es redactor de Cultura y articulista del diario *El Mundo*.

ÍNDICE

	PÁG.
Hacia la luz del fondo	5
I. Aproximación	7
II. Génesis e impulso	11
III. Borrar huellas	14
IV. Contra la invención	17
V. «Dichosos los poetas que saben»	18
VI. Caminar despacio	23
VII. Contradicción	27
VIII. Decir que vivo, crear mi vida	30
Selección de poemas	33
Presencia del delirante	35
Mazarrón	40
Amor y muerte.....	42
Invocación	45
Poética	47
Himno	48
La tumba de Blake	50
Luis Cernuda	52
Prisión de la memoria	54
Cuestiones aplazadas	56
Biografía sin años.....	58
Contra las héroes	60
Lautréamont	61
Retrato de mujer	62
Cabo de Creus	63
Lo que somos	65
Sumisión	67

Huellas	69
37 años	70
Ante el mar	72
Rilke	73
Despedida	74
Fuera de sitio	76
Hospital	78
Ojos	80
Un poema inédito	82
Tregua	83
Bio-bibliografía	85

La Fundación Juan March es una institución familiar, patrimonial y operativa creada en 1955 por el financiero Juan March Ordinas con el propósito de promover la cultura humanística y científica en España. Su historia y su modelo institucional, garantía de la autonomía de su funcionamiento, contribuyen a concretar su misión en un plan definido de actividades, que atienden en cada momento a las cambiantes necesidades sociales y que en la actualidad se organizan mediante programas propios desarrollados en sus tres sedes, diseñados a largo plazo, de acceso siempre gratuito y sin otro compromiso que la calidad de la oferta cultural y el beneficio de la comunidad a la que sirve.

La Fundación produce exposiciones y ciclos de conciertos y conferencias. Su sede en Madrid alberga una Biblioteca de música y teatro español contemporáneos. Es titular del Museo de Arte Abstracto Español, de Cuenca, y del Museu Fundación Juan March, de Palma de Mallorca. Su Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, donde se ha doctorado cerca de una centena de estudiantes españoles, se halla ahora integrado en el Instituto mixto Carlos III/Juan March de Ciencias Sociales, de la Universidad Carlos III de Madrid.

PYP

[34]



FUNDACIÓN JUAN MARCH